

La crisis de la sociología religiosa

E.
MIRET
MAGDA
LENA

A CABO de asistir a la I Jornada de Estudio de Sociología de la Religión. Una treintena de especialistas, sobre todo jóvenes, se han reunido para tratar de qué es, qué ha sido y qué será la sociología de la religión en España. Y el sereno, científico y crítico sentido de los participantes, me sugiere unas reflexiones sobre el tema, que es demasiado desconocido entre nosotros.

La sociología constituye hoy una de las ciencias (difícil y polémica ciencia) de más porvenir para el mundo venidero. Los lazos sociales se han complicado cada vez más, las relaciones sociales se han vuelto cada vez más desarrolladas, y se produce una interpenetración social, tan importante y decisiva, que nada podemos comprender del mundo actual si no es con ayuda de la sociología, que es la ciencia que estudia "la acción social del hombre, en cuanto ésta se encuentra marcada por los procesos sociales en grupos e instituciones de una determinada sociedad y cultura" (J. Wössner, *Sociología*, Ed. Herder, 1966).

La ciencia empresarial, la jurisprudencia, la política y la economía no tienen hoy más remedio que contar con la sociología, que es centro y referencia obligada de esas disciplinas, contribuyendo así a que comprendamos mejor al ser humano como ente social. Por eso el profesor J. Wössner asegura que "la sociología, como saber sobre la praxis (social), no sólo será una importante ciencia complementaria para muchas profesiones, sino que, además, sociólogos plenamente formados asumirán posiciones responsables como 'generalistas' en la economía, en las cámaras y organizaciones, en la burocracia estatal y comunal, en los medios de masas, en todos los estadios de la formación y en los demás puestos directivos de la sociedad y de la cultura".

Además, los sociólogos entran también en el mundo del desarrollo como "especialistas", y "se emplean en la investigación del mercado y de la opinión, en puestos de mando, investigación y planificación de la Administración, de la economía y de otras instituciones" (J. Wössner, o. c.)

En España, esa labor más general es sólo un "desiderátum". Todavía —como en tantas cosas— estamos estructuralmente muy atrasados. Y, sin embargo, hay ya personas capacitadas, y otras en vías de capacitación, para dar el salto científico-social que necesitamos para no caer en un "especialismo" beato y acritico.

Pero, además, en todas las cosas de la vida social, la religión ha tenido una incidencia importante. En casi todos los países y muy preferentemente en el nuestro, hasta hace poco la religión ha dominado los problemas y fenómenos sociales. Hemos tenido una inflación de sociología religiosa, aunque no de sociología de la religión.

Las Iglesias, con su gran poder, miraron al principio con recelo a la sociología, y dispararon sus baterías contra su fundador decimonónico, Augusto Comte. Pero después, cuando la sociología era ya un hecho de nuestra cultura contemporánea, no han conocido mejor procedimiento que hacerla un instrumento interesado de sus pretensiones sociales. La sociología, al asumirla las Iglesias, la han centrado en una modalidad que ha tenido gran auge: la sociología eclesial o sociología pastoral. Estadísticas y computadoras han estado a sus órdenes y han servido para su manipulación interesada. Partiendo de datos ambiguos, han concluido lo que les convenía, y han presentado sus resultados como demostrativos de la importancia que en la sociedad tiene lo religioso.

Con esta hábil táctica han amansado al enemigo de ayer, y han llegado incluso a crear, dentro de la organización eclesial, institutos que, controlados por el poder eclesial, podían estar seguros de que no concluirían nada desagradable. Otras veces, sin llegar a tanto, ha teledirigido las encuestas y resultados como clientes de quienes, consciente o inconscientemente, se encontraban obligados a satisfacer.

Las excepciones ejemplares —como el instituto ISPA— no hacen sino confirmar la regla. Porque el gran problema está en sí los hechos considerados en sí mismos son significativos o ambiguos; si la reflexión y el análisis crítico son, en último extremo, la palabra definitiva, o más bien lo es el dato bruto, como lo ha sido hasta hace bien poco.

Tomemos un ejemplo bien corriente. En España se han encontrado unos índices de práctica dominical promedia de la Misa de casi el 30 por 100 (no del 35 por ciento, como algunos equivocadamente han dicho). Pero eso no es lo más importante. Las cuestiones decisivas son: ¿Por qué existe ese grado de práctica religiosa? ¿cuáles son las complejas causas que determinan en nuestro país ese porcentaje? ¿son causas religiosas y de qué clase? ¿o son causas humanas profanas, como la inclinación folklórica, la conve-

nencia social, la rutina ancestral, el temor neurótico de seguridad, junto con otras muchas motivaciones?

Estas preguntas agudas no pueden ser contestadas por la sociología religiosa, que se limita a manejar cantidades deducidas de frías encuestas. Estas preguntas las tiene que contestar la sociología de la religión, el análisis crítico-científico y la hipótesis razonable, que explican las realidades observadas por muchos medios, entre otros el del análisis de los contenidos, la observación perspicaz, el estudio documental, el análisis del lenguaje y otros caminos que pueden dar una base sólida analítica.

Además, si este porcentaje de asistencia a la Misa ha bajado en estos años últimos, debemos preguntarnos: ¿por qué se ha producido este descenso? ¿por motivos de secularización de la sociedad, de separación social entre lo profano y lo religioso? ¿o por simple superación de motivos superficiales aparentemente religiosos, que hoy desaparecen, y su desaparición significa una purificación de lo religioso?

El filósofo de los valores S. Hartmann ha descubierto que un mismo hecho objetivo tiene distintas significaciones según la cultura de los individuos que lo observan. Un barco en un puerto africano no significa lo mismo para un autóctono que para un turista que lo contempla. Su dibujo (hecho por el uno o por el otro) se ha comprobado que es completamente distinto en uno y otro caso. La "hechología" no es una ciencia aséptica: en el hecho se da siempre una interpretación implícita al menos. No existe el hecho puro.

Lo mismo que descubrió el filósofo de las ciencias E. May hace años, demostrando que todo hecho está penetrado con una hipótesis consciente e inconsciente. Y lo malo es que sea inconsciente.

Pero eso, la pura encuesta religiosa es casi siempre inservible. Como dice H. Desroche, el camino de ayer fue "la medida cuantitativa de los hechos religiosos". Y hoy es "la evaluación cualitativa de las medidas obtenidas". Y hemos de preguntarnos: "¿Qué hemos medido?, ¿cuál es la parte de lo religioso en el comportamiento que hemos medido?" (*Sociología y Religión*, Ed. Península, 1972).

Lo que interesa es una crítica "sociológica de la religión"; ese es el cometido del futuro. Una reflexión profunda sin admisión ciega de la encuesta numérica. ■